

PEDAGOGIA RELIGIOSA EN EL BACHILLERATO SUPERIOR

Manuel GARCIA MARTINEZ, S. I.

Madrid

Es alentador el pujante hervir suscitado en nuestra patria sobre la formación religiosa de nuestros chicos todavía en la etapa escolar. El bachillerato ocupa un puesto importante en el plan de reorganización.

La curva ascensional psicológica por la que atraviesan nuestros bachilleres superiores dificulta el cumplir bien con nuestra tarea. Nos es bien conocida la ola nueva de oposición que les impulsa. Sabemos que marchan camino de la «integración» de esos valores a los que se oponen, pero la crisis nos puede desconcertar. De hecho la oposición no va dirigida a los «valores», sino a la sociedad adulta que los encarna.

Esa oposición se extiende también a la formación religiosa. Es natural. El «ambiente-unidad» de la infancia salta hecho astillas. El «furor de vivir» rompe moldes prefabricados, barreras integristas.

Por eso nuestro afán debe orientarlos a la integración, etapa cumbre donde riman la unidad y la variedad, después de haber

sobrepasado la unidad pueril y la variedad oposicional de la adolescencia-juventud.

Esa integración la anhelan ellos mismos sin saberlo reflejamente. Pero quieren de alguna manera «construísela» ellos mismos. Los métodos pasivos no les llegan al fondo de sus aspiraciones. Reclaman una intervención, un diálogo, el arrojar dificultades a un Educador abierto, acogedor. En definitiva alguien que no esquite nada de todo el mundo nuevo y rico que se les brinda por delante.

Esto nos va a empeñar en una doble batalla. Formación del profesorado por un lado. Concepción nueva en la programación de los cursos por otro lado.

El Educador religioso debe sortear un complicado obstáculo: el convencimiento —frecuente por desgracia— de que la sola teología basta. Sin una elemental preparación catequético-pastoral todo se reducirá a una deficiente preparación e incluso a una improvisación en la enseñanza religiosa.

También nos preocupa la reforma del programa. Esta base es indispensable. Pero requiere una eficaz continuación en los textos. Hoy día no podemos sentirnos confortados por las adquisiciones recientes. Hablaremos de ello enseguida. Con claridad y con respeto. Y por supuesto, con el único afán de sugerir.

Reconocemos los esfuerzos editoriales. No podemos, sin embargo, silenciar ciertos detalles. Nuestros chicos piden a gritos una educación religiosa menos conservadora y más dinámica. Menos ecapsulada en fórmulas arcaicas —desconectadas de su interés— y más abierta a un compromiso generoso. Menos opresora y más lanzada por la Ruta del libre compromiso con el Amor que les llama personalmente.

Todo un ambiente de equipo, de vida al servicio de los demás, de sinceridad ante el combate contra el mal que amenaza destruir la humanidad, esa humanidad que a ellos les encanta construir. Constructores de un nuevo mundo, camino de un Rostro nuevo de Dios.

¿FRACASO DE NUESTRA EVANGELIZACION?

No somos pesimistas. Creemos en el esfuerzo actual. Esperamos los frutos que van madurando. También es justo que reconozcamos un fracaso —al menos parcial— en nuestro trabajo evangelizador. Esta lealtad nos llevará de la mano hasta hacernos ver las causas del fracaso. Este caminar doloroso será para nosotros un reguero de luz inestimable.

No negamos la influencia inmensa de nuestra formación. Aunque sean muy punzantes las quejas del chico universitario, en el fondo saben que han recibido mucho.

La dificultad estriba en que esa formación no ha guardado siempre la jerarquía de valores. El centro del Mensaje es el Amor. Hemos enseñado más a poner barreras, a crear un ambiente de obligación, de costumbre. Bajo la mirada de un «ídolo» —porque muchas veces no les hemos presentado al Dios viviente—, de un gendarme divino. En definitiva les hemos presentado una «invención» de los curas.

INDICIOS DE ESE FRACASO.

Vamos a ser sinceros. Nos encontramos con hombres que no practican. Confiesan que han recibido una «buena» *instrucción* —subrayamos bien la palabra— religiosa. Instrucción no es formación. No logramos en ellos profundas raíces cristianas.

Un buen grupo no vive —ni sabe vivir aunque quisiera— el sentido de «comunidad». La unión en las asambleas litúrgicas es una unión material, pero no una comunidad. Como van unidos los viajeros del Metro en las horas punta: asfixiados, pero no unidos...

No han vivido nunca una buena *conversión* en serio. Desde el bautizo inconsciente, han visto desfilan una Confirmación casi tan inconsciente, una primera comunión sin compromiso, una multirepetición de confesiones y comuniones... sin llevarles a un planteamiento serio y personal. Sin ese planteamiento no puede nacer la verdadera conversión.

Tengamos en cuenta que nuestros chicos necesitan esa conversión. Porque la fe gregaria que les ambientaba era —en ex-

presión de Beumer— una fe humana. Entendamos bien lo que quiere decir el célebre teólogo. Entonces nos daremos cuenta de que muchos chicos no han llevado a la Universidad una fe divina, personal, libre, verdadero obsequio del hombre a Dios.

Uno de sus más serios defectos es que no perciben en la formación que les damos una llamada inquietante a construir el mundo. El compromiso temporal, del que tan ineludiblemente habla el Concilio, lo hemos dejado en una cuneta. Nuestras consignas eran «preservarse» de ese mundo corrompido. Nada de transformación, de levadura que fermenta la masa...

«Sé puro, ora...». Muchos «consejitos». Nada de compromiso, de marcha hacia el mundo para llevarlo a Jesucristo.

El bagaje que llevan de la Iglesia es sencillamente una concepción clerical de ella. Con esa Iglesia no podrán entusiasmarse. Una teología apologética casi exclusiva tiende a convertirles en «guardianes» de ella. Ellos piden un Equipo de cuya realización se sientan responsables en un compromiso comunitario. Los laicos no son «sacristanes» de primera clase. Son «Iglesia», como nosotros.

Permítasenos modestamente disentir de aquellos que escriben páginas sobre la estupenda formación que reciben esos chicos. Algunas de esas páginas dicen la verdad. Pero una verdad *parcial*. Los pequeños esfuerzos que algunos centros hacen por la formación de la libertad —uno de los grandes problemas sin resolver— ¿son suficientes para un planteamiento serio? Por otro lado, aun suponiendo que estos centros lo hayan resuelto, ¿no son innumerables los centros que no han sabido resolverlo? Pensemos en las consecuencias derivadas para la formación religiosa de una falsa educación de la libertad.

QUITANDO LOS SIGNOS DE INTERROGACION.

¿Fracaso de nuestra evangelización? Creo que la respuesta más conveniente —sin dejarnos llevar de un falso pesimismo— es sencillamente quitar los signos de interrogación. Así afirmamos lo que los franceses, belgas, alemanes... no han tenido dificultad en admitir sobre su evangelización. Un fracaso es siempre aleccionador, con tal de que se acepten las consecuencias y se examine la situación. Una etiología se impone.

Quizás el fracaso se deba globalmente a que no hemos presentado la Buena Nueva. Es decir, presentamos siempre lo «establecido», lo determinado de una manera..., sin enseñar lo «nuevo», eso que el Mensaje tiene de Buena Nueva. La catequesis no *admira*, ni el Evangelio, ni las Bienaventuranzas...

¿Dónde está el impacto de nuestra predicación? Los Profetas provocaban ese impacto, Jesucristo también... ¿Nosotros? Hoy hay Profesores de religión. ¡Y bien cuidado que tienen muchos de que queden confinados sólo como profesores! Pero Jesucristo formó apóstoles, no profesores. Faltan los revolucionarios cristianos que prediquen como Jesucristo las paradojas fuertes del Evangelio. Por eso fracasamos.

CAUSAS COMO PISTAS DE ORIENTACION.

No pretendemos un análisis detallado, ni profundo. Un breve sumario. Sobre todo impulsado hacia el lado positivo. Como un claro-oscuro. El fondo negro del pasado hará resaltar la luz de nuestro porvenir al que miramos con optimismo.

Presentamos a nuestros muchachos una falsa noción de fe. El Misterio es algo que desconocen. En su imponente y fascinante riqueza: abundancia de Verdad y de Luz, que necesariamente ofuscan nuestra capacidad. Sin este sentido del misterio es imposible mirar con una óptica acertada el camino de la fe. Riqueza incomparable: nunca objeto simple de un conocimiento. El Credo es un encuentro de Personas, una oración bellísima, que nos introduce en el corazón mismo del Mensaje de Dios. En definitiva en el Corazón mismo de Dios.

Una segunda causa: Nuestra formación religiosa es un conjunto de «piezas». Sin la espléndida vista panorámica del conjunto. Damos piezas a niños, a adolescentes, a jóvenes. Piezas de «pureza» —desgraciadamente pieza clave en muchos chicos—, de «devociones» desconectadas del centro del Mensaje.

Es una presentación que no puede enganchar el ser del chico. Debemos escoger bien el nudo-clave de la vida del adulto: la Vida de la Trinidad: Unidad en la Variedad. De ese Gran DAR aprende el cristiano a darse, formar Iglesia una-varia...

Escogido bien el tema-clave, sabemos que nuestro esfuerzo

se encamina entonces a preparar al adolescente para esa vida de adulto cristiano. Acomodándonos a su lenguaje, psicología... Al niño hay que prepararle para la adolescencia. Es decir, una cadena que inspire confianza por su fuerza de cohesión.

Para conseguir esta estructuración esencial convendría formularnos unas sencillas preguntas?

—¿Cuáles son las actitudes cristianas *indispensables* al niño de hoy?

—¿Cuáles son los *elementos* doctrinales para despertar esa actitud cristiana?

—¿Cuál es la *pedagogía* necesaria para transmitir eficazmente esos elementos doctrinales para que ejerciten esas actitudes cristianas?

La prueba de que no se les dan los pilares *esenciales* nos la suministran ellos mismos cuando de mayores son interrogados sobre qué es lo esencial en el cristianismo. Sus respuestas se multiplicarán hasta el ridículo: ir a Misa, obedecer a los sacerdotes..., y cosas por el estilo.

Una tercera causa: nuestra predicación no está orientada seriamente hacia Jesucristo. El es el Camino, donde convergen todos los demás caminos, para entrar en la comunión con el Gran Dar de la Trinidad. La pregunta que debemos hacernos aquí es poco más o menos así: —¿Qué hago para que se comprometan con Jesucristo, después de haberlo descubierto?

Las devociones «dispersadoras» existen. Nos falta la gran unidad de polarización, clave en el mensaje marxista. Como fue en san Pablo, el gran fascinado por la riqueza insondable de Cristo Resurrección. Nuestra enseñanza no está imantada hacia Jesucristo.

Descuidamos —es la cuarta causa— la estupenda pedagogía «del deseo». Vamos a la inteligencia, no al corazón. Este fallo lo lamentan mucho los chicos en sus encuestas. Si no se les hace «deseable» el Mensaje, no lo aceptarán. Si no se suscita el hambre no es posible comer. O se come por la fuerza. Cualquiera de las dos posiciones es fatal.

¿Qué hacer para que tengan hambre y sed de Dios? Porque no la tienen. ¿Cómo despertarla?

UNA CONFIRMACION DE LA ETIOLOGIA.

Oigamos a RAHNER en *La Teología de la predicación*:

«Entre los conceptos y las tesis adquiridas durante el período escolar y el trabajo pastoral se ha abierto a menudo un gran abismo». Todos conocemos bien el plan que propuso hace tiempo y que fue mirado con reservas. Hoy día ha sido publicado y lanzado al comercio europeo por la editorial Mame, con el título casi escalofriante: *Est-il possible de croire aujourd'hui?* En el último capítulo de este interesante libro puede verse lo que piensa el teólogo —y con él la gran mayoría de los pastores actuales— sobre la enseñanza «tradicional» del dogma y la moral.

El P. HITZ, un enamorado del «kerigma misionero» —así reza uno de los títulos de sus libros— habla enérgicamente de la misma disociación denunciada por Rahner. Una gran parte de los sacerdotes —dice— no sabe cómo tiene que emplear la gran carga de la teología científica que pesa sobre sus hombros. Remitimos al lector a «NouvRevTheol» 87, *Théologie et Catéchèse*. En el ambiente brota el descontento contra una teología abstracta, desligada del mundo actual.

«La idea fundamental está clara —nos dice SCHURR—: el mensaje cristiano ha de ser propuesto al hombre actual, en forma tal que encaje normalmente y tenga una honda resonancia en los problemas, aspiraciones, soluciones incompletas, incluso en las equivocaciones en que el hombre moderno vive sumergido». Para mayor ampliación, cf. SCHURR, *La predicación cristiana*, sobre todo desde la página 25 hasta la 196.

Las mismas ideas nos repiten RETIF, *Qu'est ce que le kérygme*, «NouvRevTheol» 71, 910-922; SCHMAUS en *Sobre la esencia del cristianismo*, Rialp, Madrid; VILLALMONTE, en *La teología kerigmática* de la Pequeña Biblioteca Herder. La estructuración de la Dogmática de Rahner, Schmaus, Henry, y la moral de Haering son una seria confirmación.

¿Somos responsables de ese abismo —enviscerado en las entrañas de nuestros universitarios— que separa los conocimientos adquiridos de su compromiso con el mundo actual que les rodea? Un «aprendizaje» cristiano no es una «actitud» cristiana. Hace falta algo más profundo, vital, dinámico, esperanzador...

RUPTURA DE UN AMBIENTE ARTIFICIAL.

Es un punto muy delicado. El niño se acomoda demasiado bien al medio ambiente que le fabricamos artificialmente. Así acepta fácilmente todo lo que decimos, la conducta que debe seguir...

Esta adaptación espontánea nos llena de alegría a los educadores. Pero es una alegría falsa. Porque mañana él entrará en sí mismo. Verá que la moral que le hemos hecho vivir no corresponde a la moral de los demás que viven *fuera* del ambiente en el que se educó.

Entonces el peligro es muy serio. Rompen el cascarón de la infancia que salta hecho pedazos. Una readaptación a nuestra moral les resulta a muchos difícil. Sencillamente porque no encuentran la facilidad ambiental que les hacía «aceptar».

La causa está en que la educación-formación que les dábamos no les llegaba al fondo del ser entero. Si les hubiera llegado al fondo, ya entonces les hubiera creado un conflicto, bajo nuestro mismo ambiente. La idea es repetida por los pastoralistas de hoy. Especialmente podemos consultar *Foi et Pédagogie* de Monseñor GARRONE, una autoridad indiscutible.

Todos los educadores —si son conscientes de su misión— tienen experiencia de que el combate es largo, paciente, duro. Como dice Mons. GARRONE, «...no es fácil hacerse cristiano». Ni aun en el ambiente propicio. Un planteamiento profundo y leal tiene que provocar una sana crisis.

Por eso en las etapas de formación en que todo sale «a pedir de boca», sin dificultades aparentes, no preparan para la nueva incardinación en la vida. El peligro está en que muchos creen conseguir una verdadera educación religiosa por el hecho constatable exterior de una observancia externa, donde no aparece la resistencia por parte del educando.

Etapas peligrosas porque al niño no se le suministran los elementos indispensables para una verdadera formación de la libertad. Y el día de mañana, cuando el ambiente le escupa a la cara todo lo contrario, ¿será capaz de resistir? Entonces nos daremos cuenta de que el chico bajo nuestra tutela sólo emitía un *eco* de lo que decíamos los educadores. Un *eco* no es una verdadera *respuesta*. Ese ha sido nuestro fracaso.

LA COSTUMBRE CRISTIANA.

Una costumbre es una buena defensa. Nadie lo niega. Es algo así como el muro que protege a la ciudad. Pero una costumbre puede quedar petrificada, momificada, fijada como un cadáver expuesto a la corrupción.

Cuando una ciudad crece hace saltar las murallas. Un cristianismo dependiente de solas costumbres, llega a ser rutinario, inconsciente. No será firme ni se mantendrá ante la sacudida de la evolución.

Necesitamos un cristianismo consciente, responsable, comprendido, íntimamente captado, optimista, adaptado a las nuevas mentalidades que surgirán. Ese algo que lleva muy en el alma el P. JUNG MANN, el gran pionero del movimiento catequético actual. La lectura de *Las leyes fundamentales de la Liturgia* y el artículo primero del tomo II, *Liturgia Hoy*, de la colección de Teología de «Razón y Fe», son una importante confirmación.

Antes solíamos recalcar «debemos, debemos, debemos...» sin profundizar en los verdaderos motivos —preciosos por su radiante verdad— que nos podían lanzar desde «dentro» de nuestra verdadera alegría cristiana, de nuestro impulso por vivir la aventura de nuestros días.

Así, nuestros niños, forrados de tanto aprendizaje, no habían oído hablar propiamente de la Buena Nueva. ¿Era esto perjudicial en tiempos pasados? Ciertamente no tanto como hoy. Entonces vivían en el seno de familias cristianas, de un ambiente religioso marcado. Hoy no puede ser así. La costumbre por costumbre es vomitada por nuestros chicos. Sienten la comezón de la sinceridad, virtud en la que son muy superiores a nosotros. Revisemos bien nuestra pedagogía en lo que conserva de «ambiente y costumbre inquebrantable».

UNA CONFIRMACION FRENTE AL MUNDO INTELECTUAL.

No podremos olvidar jamás las palabras de Mons. A. RIBERI, el nuncio de Su Santidad en España. Con su intuición y preocupación por los graves problemas españoles actuales recalcó la importancia del apostolado en el mundo intelectual.

Sus palabras iban dirigidas al mundo universitario. Pero son de una actualidad cortante para nuestros chicos bachilleres. Fueron pronunciadas en la consagración episcopal de Mons. Romero de Lema. La única pena que nos produce su lectura es la falta de una labor eficaz que le secundara. Algunos se han lanzado con optimismo y por eso la Universidad cuenta con algunos profesores de altura. Los chicos lo testimonian. Pero afirman que son pocos, muy pocos. Nuestra Universidad, como nuestros centros de enseñanza secundaria, no encuentra —a juicio de nuestros chicos— profesores aptos.

Es fácil que se objete la exageración de los chicos en sus juicios. Es muy posible. Sólo afirmamos que, a pesar de sus juicios —«demasiado juveniles» en frase de algunos—, ellos distinguen muy bien entre el profesor que los «agarra» y el que los aburre. ¿No es un mal digno de ser tenido en cuenta? ¿Causa de ese mal? Oigamos a Mons. Riberi:

«...en vuestra patria habéis tenido experiencia de una formación intelectual a veces mal dirigida». «Las dificultades son muchas y partiendo de las deficiencias *existentes*...». «Es preciso ayudar a la juventud que sale de las escuelas y colegios de primera y segunda enseñanza con una fe tierna...». «El universitario... pide razones concretas de las verdades de la fe...».

«...el profesor de religión no debe ser meramente profesor... Urge la respuesta a la juventud española... Urge *reestructurar* las enseñanzas de suerte que no se contenten con informar... Sí, la juventud busca al Salvador...».

Las citas son demasiado breves. Pero suficientes para ver la orientación que se nos pide como un urgente deber.

Una confirmación todavía podemos hallar en la encuesta bien trabajada por BENZO. El comentario que la acompaña nos impulsa a seguir un camino audaz, moderno. Algo de esto nos brinda en la introducción de su actual *Teología para universitarios*. Como complemento eficaz podemos informarnos en el trabajo de LORA sobre *Juventud actual española*.

HACIA UNA INTEGRACION ACTUALIZANTE.

Este sencillo apartado tiene una doble vertiente: el profesorado y la programación. En primer lugar tenemos que contar con un profesorado «integrado» en la actualidad del Mensaje tal como lo conciben los pastoralistas de la hora presente.

Como introducción a este delicado apartado vamos a insertar unas líneas impresionantes de Henry PETIT, citadas por «Catéchèse», n. 1, *Les comportements religieux de l'adolescent scolaire*. La cita está recogida en un libro que recomendamos: *Un homme veut rester vivant* de H. PETIT, edit. Aubier.

«Estos eclesiásticos tenían detrás de sí la enseñanza del seminario... Ellos hubieran podido responder, recurriendo a su memoria, a todas las objeciones directamente refutadas en sus manuales, pero no podían ninguna otra cosa... La Iglesia, por estos dos sacerdotes, me dejaba creer que Ella esquivada la realidad del pensamiento, que evitaba las objeciones de los que no creen... Por sus respuestas pobres de lógica y más pobres aun de vida, estos inocentes pastores me llevaron a descubrir... el sentido de la consecuencia, que debía pronto apartarme de toda religión...».

¿Exagerado? Tal vez. Ciertamente histórico. Hay algo de una gran sinceridad: un esperar respuestas llenas de vida de esos educadores religiosos y una defraudación porque sólo daban lo que habían recibido: una fe servida por unos manuales.

Es delicado el hablar claro. Pero todo educador religioso debe ser consciente de que con el pobre bagaje de una teología «escolástica» no puede educar religiosamente. Quizás la responsabilidad no recaiga sobre ellos, porque no tienen tiempo suficiente para un estudio de la pastoral, ni los medios suficientes para unos elementales estudios en un centro catequético español. Pero el problema no deja por eso de ser grave.

ESCUCHANDO A PASTORES:

¿NOS ENCONTRAMOS ANTE UNA OBLIGACION GRAVE?

DOEPFNER va a abrir el camino. Es una carta circular para la Cuaresma. Podrán encontrar la cita completa en «Selecciones de Teología», n. 15, p. 268. Resumimos:

Satisfacerse con lo aprendido en la formación sacerdotal no

sólo es perjudicial para la tarea pastoral, sino una desgracia para el planteo tan poderosamente humano de la vida sacerdotal de hoy. Quien no se interese por las corrientes espirituales que determinan nuestro tiempo en teología, filosofía, ciencias, arte... no puede actuar como sal de la tierra. Tal sacerdote no debe extrañarse si se le tiene por retrasado e inauténtico frente a medios universitarios... Sólo los activos buscadores y aprendices en la ciencia y en la vida de sus contemporáneos pueden hoy actuar...

Esta puesta al día es una grave obligación: ¿Somos conscientes de ello?

Oigamos a otro teólogo actual, el P. DE LUBAC: «El peligro de toda teología edificante es convertirse en piedad cerebral. Los profesores de religión están siempre expuestos a transformar el cristianismo en religión de profesores» (Cf. *Nouveaux Paradoxes*, pp. 115-116). Este peligro es grave. La obligación de quitarlo es por lo tanto grave. El único medio de despejar el peligro es el estudio de la pastoral que logre dar vida a lo que «intelectualmente» —o lo que es lo mismo: «muerto»— se nos ha hecho digerir en los estudios de teología.

En su obra *Un Hombre de Dios*, Gabriel MARCEL, pone en escena a la hija de un Pastor: «Pero no. Tu sermón del domingo fue un poco así como las cuentas de cocina. Creo que si esto no fuera una especie de RUTINA incluso para ti, si yo hubiera tenido cerca de mí a alguien que viviera... en el deslumbramiento..., pero una religión como la tuya, no cambia en suma nada, nada».

El ataque a la rutina es de última hora. ¿Qué respondemos a nuestros chicos cuando nos lo dicen con su sinceridad característica? No olvidemos que la rutina nace de algo que no se renueva. De ahí la grave obligación de una renovación, si queremos dedicarnos a la tarea educadora hacia Dios.

En *Verité et Vie*, en la ficha 450, se nos describe al profesor. Resumimos. El profesor no es el que da la impresión de saber, sino de buscar. De buscar la Verdad. Hay que preparar cada verdad y acomodarla a los problemas vitales. Y sobre todo vivir esa verdad. Jean JAURES nos dice:

«No se enseña lo que se quiere
No se enseña lo que se sabe.
Se enseña lo que se ES».

Para eso hay que plantearse el problema que san Agustín ya se planteaba: decir siempre lo mismo, repetir... A eso «viejo» hay que buscarle lo «siempre nuevo». Ese es el secreto. Pero ese secreto sólo lo perciben los que se preparan en serio, con ilusión a la tarea evangelizadora.

Como resumen final a este pequeño apartado dedicado al profesorado, advertimos con Hünerbein, que hay que evitar a toda costa el «hastío religioso». Cada profesor debe tomarse sinceramente el pulso en este sentido. Aunque la respuesta que brote de su interior leal sea dolorosa.

PROGRAMACION ACTUALIZANTE.

El tema no lo vamos a abordar en serio. Porque sabemos que una nueva programación está en camino. Sólo nos atrevemos a unas ligeras indicaciones que de suyo no tocan a la programación directamente, sino a las circunstancias. Porque el programa se formula, con vistas a un examen. ¿No es esta una primera seria dificultad?

No ponemos en duda la eficacia de un cierto control sobre el estudio de la religión. Si el chico debe aprender —aunque el aprendizaje no sea lo principal en esta asignatura— necesita una atención por nuestra parte en orden a ese aprendizaje.

¿Es que el único camino de atenderles tiene que ser forzosamente un examen? Lo lanzamos como una interrogante nada más. Pero teniendo en cuenta que una respuesta ligera, sin más molestias de reflexión que la de seguir con lo establecido, no puede convencer a nadie que se tome en serio la *formación* religiosa de los chicos.

Nos cuesta trabajo el traer el ejemplo de algunas naciones vecinas. Sabemos la reacción muy «nuestra» que consiste en defender nuestros métodos por la eficacia —bien controlada sociológicamente— de nuestro catolicismo español. Hoy estamos un poco de vuelta ya.

Porque las naciones hermanas trabajan bien. Y por otra parte nuestro catolicismo es todo lo fuerte «sociológicamente», pero ¿lo es *realmente*? No es una pregunta-desafío; es sencillamente una duda muy sincera.

Una prueba más. Se trata de una modesta reunión de profesores de religión tenida hace unos días. Constatando éxitos y fracasos, comprobando métodos... Hubo algo en lo que todos estábamos de acuerdo: en los centros donde la dichosa reválida de sexto no tenía lugar, el profesor podía dedicarse más y mejor a la auténtica formación de los chicos.

La cosa es bien sencilla: una reducción de aquello que no les interesa. Por otro lado una insistencia y ampliación de los problemas vitales. Este cambio —aunque bastante reducido en su estructuración— suponía para todos un gran avance. Y este cambio sólo podía realizarse al poder prescindir de un examen. ¿No podía hacerse extensivo a otros cursos?

Comprendemos las razones contrarias. Se trata de ver dónde hay más ventajas para la formación de los chicos. De todos modos hay algo de una claridad deslumbrante: la inoportunidad de esas matanzas masivas en los exámenes de Religión. Conocemos casos tristemente históricos y de última hora. Ciertamente no es ese el camino de llevar a los alumnos a Dios a través de una formación vital realizada por un programa oficial. Sobre todo teniendo en cuenta que esa matanza fue ejecutada tirando sobre los alumnos de un centro que educaba bien religiosamente. Y que contaba con buenos profesores de religión.

Otro problema que cada día cobra más relieve. Los mismos universitarios nos lo proponen abiertamente en nuestras clases. También los bachilleres mayores. «¿Por qué es obligatoria la clase de religión?».

Me considero incapaz de responder acertadamente. Lo que sí podemos insinuar es que, aceptando la obligatoriedad —por lo menos en el bachillerato, prescindiendo de la Universidad— como algo «admitido» e incluso útil y hasta aconsejable, descarguemos por nuestra parte al alumno de unos exámenes inhumanos. Por lo menos esto. Esta flexibilidad daría un margen al profesor para poder acomodar un programa que, por muy ideal que sea, siempre necesitará una readaptación a los diversos grupos de chicos, con sus diversos ambientes y problemas.

Quisiéramos hacer extensivo este estudio a estas notas de religión quincenales o veintenales. Ahogan la marcha de la clase. Dan a la Religión el «aire» de una asignatura: reprobable desde

el punto de vista pastoral. Creo que el profesor puede hacerse perfectamente cargo de los chicos que necesitan una atención especial. Existen métodos para que se sientan espoleados los chicos que por su pereza retardan la marcha de la clase, si ésta se lleva con interés. Contando con que siempre existirán los eternos refractarios a recibir el Mensaje evangélico. Pero ese grupo no puede ser un obstáculo a la marcha general. Además de que a esos no les ofrecemos ninguna tabla de salvación —sino todo lo contrario— si les obligamos a embotellarse una serie de verdades que no les interesan.

Una programación actualizante DEBE dejar un margen de flexibilidad. ¿Está así concebido el nuevo plan que pronto va a surgir? Hemos tenido ocasión de ponernos en contacto con esa nueva orientación. De todos modos los detalles finales los desconocemos. Nos preguntamos: ¿No sería mejor, una vez concebida esa nueva programación, el ponerla al alcance de todos, para que se puedan formular los reparos convenientes? ¿No podría suceder lo que todos hemos dolorosamente experimentado en la reforma del catecismo, cuando apenas recién estrenada la primera reforma ya tuvimos que escribir contra los inconvenientes que contenía? Como siempre sólo tratamos de sugerir.

RENOVACION CATEQUETICA BACHILLER.

Unas ligeras orientaciones de actualidad. La Iglesia entrega siempre el Mensaje del Maestro del Amor y la Verdad. Un Mensaje acomodado a cada época, actualizado en cada momento del devenir religioso. Hoy día los problemas son hirientes no sólo por la necesidad interna de una renovación catequética, sino también por los peligros que nos amenazan desde el exterior. Estas nuevas exigencias nos colocan frente al diálogo con el mundo moderno. Y este diálogo necesita una revisión de métodos tradicionales para aprovechar sus riquezas y para despojarlos de todo elemento pasado de moda, incapaz de inserción en el mundo actual.

Sabemos que la preocupación por la «forma» del «contenido» y su «sistematización» brotó en la temprana edad de la Iglesia. Pero nunca se perdió de vista que sobre todo «sistema» debía brillar una predicación vital avasalladora.

La desviación didacticista fue fruto de la buena voluntad. Se trata de precisar el valor de los métodos a fin de que la finalidad de la catequesis obtenga su preeminencia y su valor educativo.

En primer lugar nos enfrentamos con la renovación del «contenido» que hemos de entregar a nuestros bachilleres. Al fin y al cabo lo más importante no es «cómo enseñar», ni siquiera «a quién» enseñar, sino «qué» enseñar. Al mundo atormentado de hoy hay que servirle la verdad. Nuestros chicos comienzan a asomarse ya a ese mundo atormentado.

Esa Verdad la sacamos —como los Padres de la Iglesia— de la Biblia y la Tradición. Sobre ella desarrollamos la catequesis. La Liturgia será una fuente en función de la lectura eclesial de la misma Escritura. Luego se proyectará sobre la vida personal las sugerencias que broten. Así queda todo vivificado.

La contribución bíblica y litúrgica la tenemos bien expuesta en muchos trabajos recientes. Señalemos a JUNGSMANN, RIVA, HOFFINGER, GRASSO, MISSER, TRACHTA, RAHNER, ARNOLD, HOLSTEIN, LIEGE, VARILLON, SCHURR, DANIELOU, COLOMBO, RETIF, BABIN, BRIEN, BOUYER, CONGAR, LOEW, MOURoux, etc... cuyas obras podrán ver en una lista bibliográfica que publicamos en «Educadores», enero 1967. RIVA, en su *Catequesis pastoral* (Sígueme, Salamanca), lo resume bien.

Lo interesante para nuestros muchachos es que todo conocimiento religioso tiene que convertirse en conocimiento experimental. Porque el objeto primordial de la Revelación es un intercambio personal. Es un mensaje de esperanza, de alegría para el mundo cansado de hoy. La catequesis supera así el puro conocimiento y educa el corazón, el cultivo de la belleza, de la bondad, de la solidaridad humana...

Para llegar a esta meta el catequista de bachillerato no puede disociar dogma, moral y gracia, como se vienen haciendo en nuestros manuales. La catequesis sacramentaria puede causar hastío al centrarse en un mero examen de los ritos, dejando inadvertido todo su empuje hacia una vida sobrenatural real, actual, personal, de interés inmediato para el chico.

Hay, pues, que intentar en serio una renovación catequética. No podemos seguir escuchando a quienes creen que la escolás-

tica debe aportar mucho, cuando en realidad ni su enfoque, ni su manera de hablar puede penetrar el mundo de hoy.

Tenemos el peligro de cerrar los ojos ante los medios modernos capaces de una formación religiosa espléndida. Una táctica prohibitiva —sin más— no es aconsejable. Es necesario un replanteamiento sincero. Aportando cada uno lo que crea conveniente. Aceptando el punto de vista del compañero de trabajo. Esta frecuente toma de contacto hará que muchas diferencias —¡es tan normal el que existan!— se vayan limando.

No aprobamos hoy el dogmatismo férreo de otros tiempos en materia de pedagogía religiosa. Creemos en la eficacia del hombre «convencido», pero si *además* está modernamente preparado, según las exigencias actuales. Admitimos humildemente la limitación de nuestros resultados, pero sin dejar de interrogarnos urgentemente si podemos hacer algo más con una mayor dosis d trabajo y puesta al día. Esa puesta al día no se puede madurar a base de autoritarismo. Es una flor delicada que brota del DIALOGO.

Los dos componentes de la catequesis son el Mensaje y el Hombre. Pongamos toda nuestra capacidad al servicio de ese Mensaje, pero sabiendo que debemos entregarlo al mundo actual, tal como brilla en las cabezas de nuestros muchachos, que son los hombres de un mañana ya en la alborada.

Así nos entregaremos a la gran obra de ser co-creadores con el Creador: estrenar todos los días un mundo nuevo que quiere ser siempre joven. Ponemos nuestro esfuerzo entusiasta en la construcción de la humanidad del futuro, mirando con optimismo esas nuevas fuerzas juveniles que nacen en el seno del Gran Equipo Eclesial.